

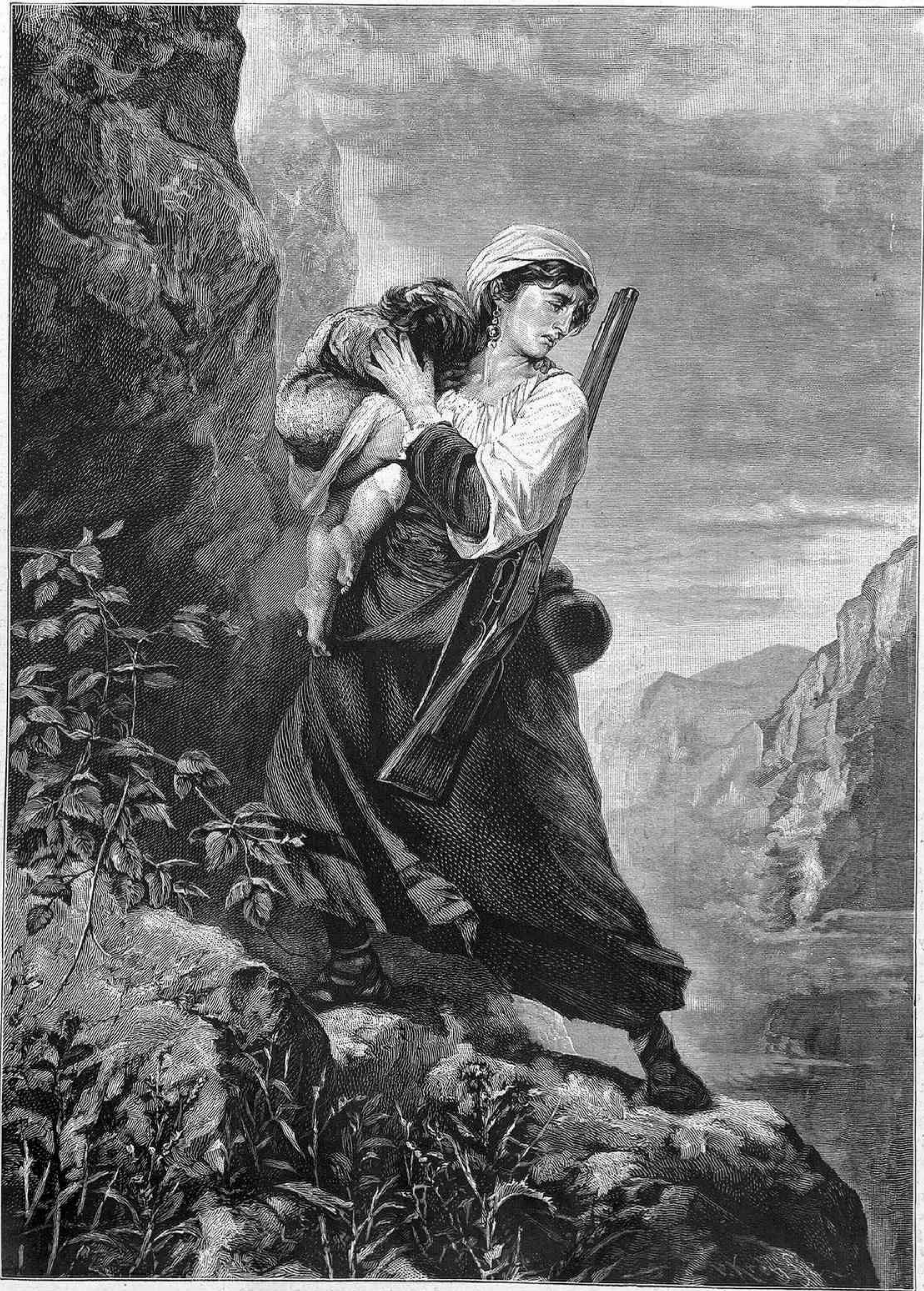


AÑO III

← BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1884 →

Núm. 129

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MUJER DEL BANDOLERO cuadro por G. Schauer

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA, por don Antonio de Trueba.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (*Conclusion*), por don Ramon Fernandez de Mera.—EL RAYO DE LUZ MÚSICO Y PINTOR, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS: LA MUJER DEL BANDOLERO, cuadro por G. Schauer.—EL SILLON DESOCUPADO, cuadro por Percy Macquoid.—LOS NIÑOS DE LA ALDEA.—EL PIRÓFONO DE M. KASTNER.—EL APRENDIZ DE ZAPATERO, cuadro por A. Rotta.—PREPARATIVOS PARA FORMAR EN LA PARADA, cuadro por G. Green.—LA COLECTA, cuadro por G. Knorr.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL CUMPLEAÑOS DEL ABUELO, cuadro por Gustavo Iglar.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Junio.—Música del porvenir.—La noche de San Juan.—Desfile anacrónico.—La calle de Carretas el día del Corpus.—La verbera de San Antonio. La Florida.—Goya.—Panorama manzanareño.—Exposición de Bellas Artes.—*Expoliarium*.

El mes de junio reina ya entre los hombres y los pájaros. Es el verdadero mes de las flores, el mes de los exámenes, el mes de entrada de las aves africanas.

El verano reina ya, y su cetro—un abanico—mariposea entre sus manos. Es preciso buscar las telas claras y los sombrerillos de paja. El quitasol se convierte en una institución benéfica. Muchas frentes sudosas sueñan con el mar, y las pupilas dormidas creen ver olas azules fosfóricas moviéndose y lamiendo playas de arena dorada y fina. El Manzanareño pide a toda prisa sus esteras para tapar las desnudeces de los bañistas pobres que no pueden viajar.

Es obra de una quincena. Luégo las golondrinas de buena casa se irán en tren expreso a mojar la punta de las alas en el mar.

* *

¡San Juan! ¡San Juan! Ya llega el santo; ya empiezan a dibujarse en la azul esfera su banderola bordada de estrellas y su cordero, que está representado por una nube blanca; ya se disponen las muchachas a consultar su horóscopo. Aquel día el sol viene con sus más dorados rayos a iluminar el seno de las aguas que centellean al moverse, diciendo en su ignoto lenguaje a los amantes mil cosas felices. Hay dos noches de San Juan célebres en la literatura: La del sueño de una noche de verano y la de *Pepita Jimenez*.

Ya sabéis lo que pasó aquella noche a *Pepita Jimenez*: robó un alma al paraíso.

Las fiestas religiosas de esta época tienen un carácter de júbilo extraordinario. El campo entra en el templo el día del Corpus: las naves góticas huelen al perfume de los jardines. En la pila del agua bendita cae un rayo de sol y la ilumina, disolviendo su oro en las pequeñas ondas salutíferas.

* *

La iglesia. Llena de mujeres prendidas con elegancia, con flores entre los cabellos; con el largo velo de Flandes recogido con la gracia española, sujeto a las sienas, al cuello, al pecho y al talle con esos alfileres que sabe colocar tan bien la mano de una madrileña. La sonrisa en los ojos, mezclando lo profano con lo divino, las alegrías de la tierra con las alegrías del cielo, el amor de Dios con el amor de los hombres, avanza la madrileña por las losas del templo y las severas oscuridades del ábside parecen iluminarse de reflejos meridianos.

La calle. El día de Corpus el desfile de transeuntes aumenta en la calle de Carretas. Es una curiosa exposición en que la antigua indumentaria española recobra sus derechos, el sombrero y los adornos parisenses retroceden y en su lugar campea con triunfo la gentil mantilla con sus calados dibujos que la hace parecer sombra tejida.

Desde remotos siglos el rey y la corte tomaban parte muy activa en estas manifestaciones de respeto religioso y asistían a la procesion, entregada hoy a los concejales. La visita de la Encarnacion que hacían los reyes, los infantes, los ministros, los nobles y todos los altos funcionarios y magnates reunidos procesionalmente, constituía un espectáculo pintoresco, y resucitaban con él las antiguas usanzas, los viejos uniformes de la grandeza, las chupas de raso bordadas de oro, las solemnes y ricas casacas con sus anchos faldones, por cuyo paño se extienden las grecas de primorosos bordados, los mantos de los maestrantes, blancos ó rojos, de finísimo paño, con sus rojas cruces y las pelucas empolvadas; todo lo que caracteriza la esplendorosa corte española pasaba por las calles de Madrid y se diría que por evocacion mágica ocho siglos de historia salían de entre las empolvadas hojas del viejo *in folio* de pergamino, y habiéndose roto las cadenas con que la muerte ata al sepulcro a las cosas, las ideas, los personajes y las instituciones que perecieron, estas y aquellos vuelven a la vida con existencia real y visible.

El rey iba de capitán general con el rico toison de oro y en la diestra el rubio baston de concha, los guantes de ámbar calados y el tricordio debajo del brazo. La reina lucía traje de brocado, y de sus hombros pendían y al rededor de su cuello se enroscaban esas sierpes de fuego que los joyeros de la real casa saben hacer engarzando en prisiones de oro las magníficas pedrerías del patrimonio régio: diademas y collares que han sido la vanagloria de cien reinas y la envidia de cien princesas. Era verdaderamente espléndido este cortejo que empieza con los reyes y acaba

con los empleados de palacio, los pulidos caballeros, los minúsculos *jokeys*, los rudos cocheros y en fin toda esa caterva de domésticos que entretiene el caudal régio. Y entre ellos los aristócratas, unos cubiertos, indicando esta preeminencia de poderse presentar ante Dios y el rey con el tricordio calado sobre las sienas, preeminencia que es, ó una falta de educacion, ó una impiedad: así al menos el buen sentido de los modernos estima y juzga ciertos ridículos privilegios heredados de ayer.

Esa comitiva pasa pronto y cuando ese lujo de oropeles, de bandas, de cruces, de piochas, de brillantes sujetando raso y terciopelo, de olas de encaje y granizo de pedrería preciosa, cuando todo este conjunto coruscante se desvanece y las calles recobran su aspecto habitual, con los transeuntes vestidos del modesto oscuro pergeño de la época, se experimentaba la tristeza misma que produce la ausencia del sol cuando tras breve fulgor de sus rayos tornan las nubes a empañar el espacio.

Tantos privilegios nobiliarios conquistados a fuerza de mandobles y lanzadas, tanto lujo, ese boato oriental, esas vanidades exhibidas entre la relumbrante y aparatosa ostentacion de la más brillante de las cortes modernas... sólo sirven para ser exhibidos una hora y escondidos después en el fondo de un arca bajo la fisonomía monótona pero seria de la vida ordinaria.

Y esta ha recobrado sus derechos, y como el laminador reduce a delgadísima hojilla la gruesa pieza de oro, ella nivela, iguala y reduce a polvo esos frívolos honores, esas aparatosas procesiones, ese lujo pagano. Hoy la procesion del Corpus es un desfile de fracs negros y de casullas blancas.

* *

Las verbenas van a empezar. San Anton ha abierto la poterna de los nocturnos regocijos con llave de oro; camino de la Florida se han puesto los nombrajitos del comercio menudó, las mesas portátiles, los rimeros de bollos pintados, cornetas de plomo y sables de hoja de lata.

La Florida es uno de los sitios más hermosos del paisaje cortesano. Alamos blancos y olmos copudos—cuyo centenario podría celebrarse—enlazan sus ramas allá arriba formando bóveda. Más acá se levanta la capilla donde Goya pintó aquellas deidades que recuerdan sus manolas; por que este genio, hasta cuando subía al cielo, iba en compañía de la graciosa genticilla de Gilimon y el Rastro.

A la izquierda los tendedores del Manzanareño enseñan su red de sogas y sus mástiles, por medio de cuyos bosques de ropa tendida vagan los tipos de una novela digna de Zola. Al frente, el ferrocarril cruza con frecuencia dejando estremecida la tierra y manchado el cielo. Es un paisaje bonito. Allí se reconstituye mentalmente y sin gran trabajo la época de los casacones, y se ven pasar carrozas de barnizado nogal, arrastradas por apopléticas mulas, jinetes vestidos de raso, mujeres envueltas en encajes y caireles de seda, estudiantes de astrosa túnica y grasiento chapeo. Para que nada falte a la ilusion, vese uno rodeado de pobres, de tullidos, de ciegos, en representacion de los antiguos pobres de la sopa. Los pobres no han desaparecido con el tiempo.

Lo que ha desaparecido es la sopa.

* *

La Exposicion de Bellas Artes celebrada en el Retiro es una prueba de lo que sucede en España, de esa desorganizacion social que constituye la gran enfermedad de la nacion. España tiene pintores de mucho mérito, en los certámenes extranjeros ocupan el primer lugar, en el mercado de cuadros los suyos obtienen precios fabulosos: se celebra una Exposicion en Madrid y esos pintores no acuden a ella, por donde resulta que el arte nacional sólo se manifiesta tan grande como es fuera de casa. No es esta ocasion ni he recibido yo el encargo de analizar las obras que figuran en la Exposicion de Bellas Artes. Pero sí cae bajo el dominio de mi crónica, porque es un acontecimiento de actualidad y dentro de la Exposicion el acontecimiento principal es el cuadro de Luna, *Expoliarium*.

Cuadro de horrores vistos al través de la lente maravillosa del genio.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

La mujer del bandolero, CUADRO POR G. SCHAUER

Esta composicion, sobria y vigorosa, da una perfecta idea del personaje que representa y hasta del drama que tiene lugar a su vista, por más que no la tenga a la del espectador del cuadro. De pié sobre la pelada roca, mirando horrorizada la profundidad del abismo, a la espalda el fusil de su marido y en brazos el hijo de sus entrañas, contempla con llorosos ojos cómo su esposo, prisionero de los dragones, es conducido a un encierro, de donde es posible salga únicamente para el cadalso.

La pobre mujer tuvo la desgracia de amar a un hombre reñido con la sociedad y con sus leyes. Primero fué su compañera, más tarde su esclava, últimamente su cómplice. Desde que se unió a ese hombre ha vivido la vida de las fieras; de todas partes arrojada, en todas partes perseguida, cuando Dios la hizo madre, hubo de pedir, como esas fieras, una cueva al monte, en cuya salvaje soledad se perdieran los gemidos de la parturienta y el llanto de su inocente hijo. Desde entonces teme muchísimo más el peligro, porque la bala de los dragones dirigida a su cabeza, puede herir, puede matar al fruto de su amor. Por esto el autor del cuadro, con sentimiento exquisito, ha pintado

á esa mujer en actitud de proteger al pobre niño y como luchando entre los opuestos impulsos de compartir la suerte de su esposo ó de poner a su hijo a salvo del peligro que le amenaza.

Sin duda el amor maternal triunfará en la lucha; y algunos días más tarde, una joven demacrada, andrajosa, pero aún no rendida por la desgracia, recibirá, á través de las estrechas rejas de una cárcel, el beso de amor del bandolero, y en medio de su abyeccion, lo depositará castamente en las mejillas de su hijo.

Los niños de la aldea

Los niños de la aldea no tienen, para su regalo, parques alfombrados de fina arena y bordeados simétricamente de preciosas flores; no tienen estanques de aguas transparentes en que nadan graciosos cisnes de blanco plumaje y peces de escamas plateadas; no tienen juguetes que destrozar, pequeños y artísticos dijes que valen lo que el pan del pobre durante un año; no tienen nodrizas galoneadas de oro y plata, ni niñeras vestidas de encajes, ni siquiera una madre bastante desocupada para impedirles que cometan travesuras á veces mortales... Pero tienen, en cambio, el prado y el bosque de cuyos aromas saturarse; un depósito de agua regalada, en el hueco de un árbol, en donde hundir sus rollizos brazos persiguiendo frágiles buques de papel; un horizonte inmenso para espaciar la vista, pájaros para recrear su oído, llanos y montes para desarrollar sus miembros con sano ejercicio; y tienen consigo á la Virgen Madre de todos los niños que vela cuidadosa por aquellos cuyas madres no pueden hacerlo directamente.

Hé aquí, sin duda, explicada la grata impresion que causa este cuadro, en el cual se halla perfectamente representada la vida de los niños de la aldea. Su aspecto sano, sus rostros en que se refleja el contento, sus infantiles travesuras, compensan el abandono en que se hallan y harán suspirar á más de un padre cuyo hijo languidezca asfixiado por la atmósfera de la sociedad culta, que empieza por sacrificar á los niños como muestra de lo que piensa hacer con los hombres.

El sillón desocupado, CUADRO POR PERCY MACQUOID

Murió el honrado castellano, y se ha producido el vacío en las estancias del sombrío castillo. Todo en él recuerda al buen caballero, de costumbres quizás sobradamente rudas, pero de alma sin miedo y sin mancha. Allí su fusil de caza, allí el uniforme del último cuerpo en que sirvió á la patria, allí el sillón en que descansó de las fatigas de la caza y de la guerra y sentado en el cual profirió sentencias como amigo, ni más ni menos que sus antepasados las dictaron como señores.

Cabe á este sillón llora en silencio una joven huérfana: el vacío que la muerte de su padre ha dejado en el castillo, es más completo y menos posible de llenarse en su corazón. Educada, á causa de añejas preocupaciones, lejos de un mundo que, dígame lo que se quiera, es el mundo propio de las mujeres bien nacidas, doquiera que vuelve los ojos encuentra quien la compadece, mas no quien la consuele. La soledad la espanta y la idea del bullicio del mundo la mareta. Como el ciego que está á punto de cobrar la vista, se estremece á la idea del sol hiriendo sus débiles ojos.

Este cuadro está perfectamente sentido y su autor ha conseguido que ese sentimiento se comunique á cuantos contemplan su obra.

El aprendiz de zapatero, CUADRO POR A. ROTTA

Si hay quien dude de que, en este mundo, la felicidad individual es completamente ajena á la fortuna y jerarquía social del individuo, se convencerá de ello á la vista del cuadro de Rotta. Se trata de un humilde aprendiz de zapatero, con más buen apetito que buena mesa, con mejor estómago que cocinero. Su presente no puede ser menos envidiable: el aprendiz es el vaso que ni siquiera tiene el derecho de desbordarse, por excesivamente que le colmen el maestro con su autocracia y los oficiales con sus exigencias de pequeños déspotas. El carga con el mal humor de los parroquianos á quienes lleva el calzado; él está sujeto á los caprichos de la *maestra* que le ha convertido en niñera de sus revoltosos vástagos; él tiene la culpa si el candil ahuma ó el engrudo ha salido claro ó espeso; y él, finalmente, es el centro de atraccion á donde convergen cuantas bofetadas ó puntapiés se perderían en el vacío, á no encontrarse por el camino con el rostro ó las posaderas del pobre meritario.

Y á todo esto, él tan campante, tan alegre, tan listo... Filósofo de pocos años, se hace cargo de la vida tal como el Señor se la ha deparado; acostumbrado á pisar espinas, se ha resignado con su suerte y si, por acaso, encuentra una flor en su camino, llámese propina, golosina, jira ó espectáculo, la aspira hasta saturarse con toda la fruicion de sus juveniles años. Un día llegará á oficial zapatero, quizás á maestro... Entonces tendrá aprendices á sus órdenes; será padre de familia, contribuyente, elector... ¿quién sabe?... ¡hasta alcalde de barrio!

Pues bien, aún en el pináculo de la dicha y de la autoridad, recordará los tiempos felices en que, lejos de darse brillo personal, se lo daba, frota que te frota sin reposo, al calzado ajeno.

Preparativos para formar en la parada,

CUADRO POR G. GREEN

Padece el hombre aberraciones muy singulares. Rechaza, por ejemplo, el servicio militar, y sin embargo, se

despepita por imitar siempre que puede á los militares. Ahí va una muestra en el cuadro de Green.

Ese pacífico ciudadano inglés, cuyo aspecto es todo lo menos marcial posible, ese macizo hijo de aquel pueblo cuyos soldados se alistaban voluntariamente en tiempo de paz ó son *cazados* en tiempo de guerra, embute su corpulencia dentro de un uniforme y se dispone á sudar la gota gorda, por darse aires de Marte á los ojos de sus convecinos. Es un capricho de bastante mal gusto que el artista inglés ha satirizado con habilidad.

La colecta, CUADRO POR G. KNORR

Si posible fuera que la fotografía, que tan exactamente reproduce las líneas, reprodujese el pensamiento, la vida, el movimiento, el alma, digámoslo así, de los personajes que tienen participacion en las escenas del mundo, diríamos que este cuadro es una fotografía magistral. A tanto raya la perfeccion del dibujo, la naturalidad sorprendente de las actitudes y la expresion nunca bastante ponderada de los semblantes. El rostro severo del colector, el ensimismamiento místico del personaje sentado en el extremo del banco, la distraccion voluntaria del que canta á su lado y la buena voluntad con que el devoto de primer término busca en el bolsillo del chaleco la moneda con que piensa contribuir á la colecta, son de un estudio tan minucioso y de una tan feliz ejecucion, que no nos cansaremos de recomendar á nuestros favorecedores den á este grabado toda la importancia que realmente tiene.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

El cumpleaños del abuelo, CUADRO POR GUSTAVO IGLER

El lujo, la moda, el arte, cuando disponen de un capital suficiente, pueden inventar espectáculos deslumbradores, que halaguen el gusto de los unos ó la vanidad de los otros. Lo que no inventará el arte ni se comprará con dinero es la fiesta de familia, la fiesta íntima, impregnada de gratos aromas, bien se exhale estos de las aristocráticas magnolias, bien del humilde tomillo que se cria en el bosque.

A la vista del cuadro de Iglér, en el cual no hay un solo semblante que deje de expresar inocencia y alegría, cree uno participar de esa felicidad apacible y cien veces más grata que la del mundo dorado y fastuoso. ¡Cuántos cambiarían de buena gana sus faisanes y sus salmones por un pedazo de ese modesto bizcocho, con tal de poder apetecerlo como esas inocentes criaturas convocadas para festejar el cumpleaños del abuelo!

EL DIABLO EN SU VIDA PRIVADA

Cuento popular de Vizcaya

POR DON ANTONIO DE TRUEBA

I

El pueblo que cuenta el siguiente cuento que recogí de su boca á la sombra occidental del excelso Ganecogorta, se calla el pensamiento filosófico que el cuento encierra, pero yo creo que el pensamiento es éste: la felicidad ó la infelicidad que el amor da, guarda proporcion con la pureza ó la impureza con que se profesa el amor. Por consecuencia de esto, como el amor del Diablo tiene que ser impuro, el amor tiene que hacer infeliz al Diablo.

El que lea ú oiga este cuento, convendrá, al recordar este introito, en que soy tan listo como aquel que decía: «Si aciertas que llevo aquí uvas, te doy un racimo.»

Por si hay quien tema que el Diablo me lleve, en venganza de haberme metido en su vida privada, debo tranquilizarle con una noticia: la de que el Diablo, cuando así lo quiere Dios, que manda más que él, es más impotente que un rey constitucional y más bestia que los que blasfeman de Dios.

II

Un día estaba el Diablo dale que le das á las moscas con el rabo, y de repente interrumpió aquella operacion exclamando disgustado de sí mismo:

—¡Eh! es indigno de mí este entretenimiento que hasta en la tierra me pone en ridículo, pues allí no hay quien no sepa y diga, burlándose de mí, que cuando no tengo qué hacer, con el rabo mato moscas. *Tic* por aquí á esta mosca, *tic* por allá á la otra! Es verdaderamente grotesco que un personaje como yo se entretenga en estas niñerías. Entretenimientos más dignos de mí y de mi trascendental mision de propagar el mal son los que deben constituir mis solaces así en la vida pública como en la privada, y en busca de estos entretenimientos voy á dar una vuelta por la tierra.

Decidido el cornudo á hacer un viaje por acá, comenzó los preparativos de viaje y lo primero en que pensó fué la forma y traje que debía adoptar.

—Hoy,—dijo,—debería de mí la gente si me viese andar de Ceca en Meca en la forma tradicional, ó sea con el consabido rabo, los consabidos cuernos, las consabidas uñas y las consabidas llamas por la boca. Hoy el Diablo en la tierra necesita adoptar forma verosímil, ya la de comerciante, ya la de abogado, ya la de concejal, ya la de diputado á córtés, ya la de ministro, ya la de rey, ya la de presidente de república, ya la de escritor público, ya... aunque sea la de eclesiástico, porque de viajar en la forma tradicional, me conocerían todos y no podría engañar á ninguno ni en la vida pública ni en la privada.

Pensando así, el Diablo tomó un serruchillo y... ras, ras, se aserró los cuernos á rape, enroscó bien la cola, sujetó la rosca donde es de suponer, se cortó las uñas por más que en esto tuvo sus dudas, pues sabia que no falta en la tierra quien conservándolas insulte á la estética, se vistió de pantalon, gaban y sombrero de copa alta, porque entonces aún no habian ascendido á *tipos* los que llevaban este adminículo cilíndrico, se dió una buena mano de gato y hecho todo un caballero particular, emprendió su viaje por el mundo.

Dicen que el Diablo tiene cara de conejo, pero nadie que entonces le hubiera visto, hubiera dicho tal cosa. De lo que entonces tenia cara era de uno de esos maricones que cifran su mayor gloria en dirigir bien un cotillon.

III

—¿Y á qué me voy á dedicar ahora?—se preguntó el Diablo al acercarse al mundo.—Tanto y tanto se habla del amor, tanto y tanto se apetece sus goces, tantas barbaridades se hacen por ellos, tantos hombres y mujeres van por ellos al infierno gustosos, que estoy por creer que el amor es la cosa más rica del mundo. Yo no conozco el amor porque no conozco la vida privada, y voy á probar qué viene á ser cosa tan apetecida, y al mismo tiempo mataré dos pájaros de una pedrada corrompiendo y llevándome al infierno á una vírgen sin mancilla y gozando previamente de su amor, que debe ser cosa regalada y apetitosa. Enhorabuena que personajes de mi importancia se consagren principalmente á la vida pública, pero caramba, también es justo que echen una cana al aire en la vida privada.

La primera diligencia del Diablo en la tierra fué averiguar dónde habia una doncella hermosa, buena y casta. Súpolo y se encaminó en su busca, pero experimentó tan profunda repugnancia en seguir aquel camino, que con dificultad pudo llegar á la doncella. Una vez llegado, fué tal la que le causó el enamorarla que no acertó á decirle esos ojos tienes buenos, y se alejó de ella sin poder explicarse aquella repugnancia que al fin, como era tan mal pensado, atribuyó á que la doncella no era tal doncella ni Cristo que lo fundó.

Sucesivamente fué encontrando otras, hermosas, buenas y castas á carta cabal, y le fué sucediendo lo que con la primera, por lo cual se daba á todos los demonios diciendo:

—Mire V. que es mucha gaita lo que á mí me pasa al querer probar un poco de la vida privada, que me encuentro con chicas que se pueden comer crudas, y en lugar de sentirme atraído á ellas por su castidad, su bondad y su sandunga, me siento irresistiblemente repelido y hasta con ganas de echar al mundo con doscientos mil de á caballo y volver á darme un baño en las calderas de Pero Botero.

Pero suponiendo que todas las doncellas con quienes hasta entonces habia dado eran doncellas de pega, determinó continuar á caza de una vírgen inmaculada y siguió preguntando por ella á cuantas gentes encontraba en su camino, diciéndoles que era muy rico y queria hacer feliz á una jóven pobre que tuviese aquella circunstancia, porque estaba ya cansado de la agitacion de la vida pública y ansiaba la quietud de la vida privada.

¡Ah, grandísimo trapalón!

Encontrando en las cercanías de un pueblo á una tal doña Celestina, más vieja que el préstame un cuarto y más fea que el voto va Dios, le hizo la misma pregunta y le respondió la vieja:

—Casualmente yo tengo una nietecilla que aunque me está mal el decirlo, á casta, buena y hermosa le echa la pata á la más pintada, como que hasta el nombre tiene simpático, pues se llama Sandunga. Venga V. conmigo, señor de...

—Pateta, para servir á V.

—Que sea por muchos años. Pues como iba á decir, véngase V. conmigo, señor de Pateta, si quiere ver á mi nietecilla, que cerca de aquí vivimos ella y yo solitas en una casita fuera del pueblo escondida entre ramas y flores como un nido hecho adrede para arrullarse en élitortolitos como V. y mi nietecilla.

El Diablo siguió á la vieja temeroso de que le sucediera lo de marras, pero creyó volverse loco de alegría al acercarse á la casita viendo que lejos de experimentar repulsion, experimentaba atraccion irresistible y sobre todo viendo á la doncella que saludaba su llegada desde la ventana y era capaz con su cara y su gracia de tentar al mismo demonio.

IV

El primer día que pasó el Diablo en casa de doña Celestina, ó lo que es lo mismo, el primer día que se entregó á los goces de la vida privada, fué el más feliz de su condenada vida, porque Sandunga y él le pasaron arrullándose como tortolitos.

Al siguiente se encontró algo indispuerto, por lo que doña Celestina le hizo una taza de zatzapárrilla, y tanto ella como su nieta le aconsejaron aquella tarde que fuese á dar un paseo por aquellas inmediaciones que eran deliciosas. No tenia gana de pasear, pero tanto insistieron abuela y nieta en que diera un paseo lo más largo posible, que al fin se decidió á darle.

Conforme paseaba volvía la vista hácia la casita donde quedaba su amada, con impulsos casi irresistibles de volverse atrás, porque estaba ferozmente enamorado de Sandunga y hasta la misma doña Celestina le atraía hácia sí con simpatía incomprensible dada la fealdad y vetustez de la vieja.

(Continuará)

EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS

(Conclusion)

Era un militar de caballería, á juzgar por el diseño de las medias botas, pero no tenia armas, ni charreteras ni galones.

Cuando Nemesia reparó en la sustitucion de la estatua, se sorprendió, y cuando se fijó en ella, sintió un escalofrío, porque creyó reconocer algunos rasgos de la fisonomía de su perdido amante.

XIV

Se sentó frente á la extraña imágen y la miró con una insistencia que parecia fascinacion.

Entre tanto su imaginacion trabajaba activamente. ¿Por qué su marido habia colocado allí aquella escultura?

¿A quién representaba, si representaba á alguno? ¿De qué provenian los vacíos que se notaban en ella? ¿Por qué se parecia á Damian?

Esta última hipótesis abismó á la jóven en un mar de suposiciones y recuerdos.

Recordó su última entrevista con su amante en aquella memorable noche, en que vió ó soñó tantas cosas extrañas y terribles; cosas que, con todos sus detalles, volvió á reconstruir en su memoria.

Se llevaba las manos á las sienes como para reconcentrar el pensamiento y buscar la solucion de los enigmas. Experimentaba un presentimiento doloroso y no formulado, y los primeros síntomas del desvarío, que son la vaguedad de la mirada, ruidos en el silencio y golpes que parece que se producen en el interior del cerebro.

Afortunadamente la voz de la criada que la avisaba para comer, la sacó de aquella ruda batalla intelectual, que habia durado siete horas, y digo afortunadamente porque á haberse prolongado algun tiempo, la locura era inevitable.

Fué al comedor casi tambaleándose y se sentó á comer en compañía de su marido.

Haciendo un esfuerzo por parecer serena, le preguntó: —¿Por qué te has llevado de mi cuarto la estatua de Zurbano?

—Porque he incurrido en la falta que queria evitar. Sabes que no dejo á la criada que limpie las estatuas, por miedo de que las rompa, y hoy he roto yo la de ese valiente guerrillero. Afortunadamente tenia otra que hace juego.

—¿Y de quién es?—Al hacer esta pregunta la voz de Nemesia tenia una expresion que hizo brillar los ojillos de su marido.

—Pues no puedo decírtelo á ciencia cierta,—contestó éste.—Un amigo mio militar me dió un modelo pequeño de esa estatua rogándome que la ampliase. Segun parece, es de un oficial, sobrino suyo, que en la accion de Arlaban hizo prodigios de valor. Reproduje la estatua en tamaño natural, pero bien por descuido ó por ausencia de mi amigo, no me ha sido reclamada y ahora me alegro.

Nemesia no hizo más preguntas, abrevió la comida y se volvió á su cuarto.

Una vez allí, se reprodujeron en ella las dudas y las cavilaciones. A veces creía en un lazo ó pensamiento oculto por parte de su marido; otras, suponía que eran alucinaciones, hijas de la tristeza y de la soledad en que vivía; y que la estatua no ofrecia el parecido que ella habia creído encontrar.

En esta excitacion, que no la permitia sosegar ni de día ni de noche, trascurrieron tres días.

El cuarto, era domingo. La criada, despues de servir el almuerzo, salió de casa segun costumbre cada quince días.

Nemesia estaba en su habitacion mirando con el éxtasis de la tristeza, á través de los cristales de su ventana, el árido y melancólico paisaje.

XV

Pero D. Juan no se hallaba tan inactivo; iba y venia desde su laboratorio á la pieza contigua al cuarto de Nemesia.

Con grandes precauciones para no hacer ruido, trasladó á aquella un recipiente de metal que contenia un líquido hirviendo; sumergió en él un tubo de metal tambien, cubierto de gutapercha, y como ya en otra ocasion habia hecho en Madrid, le aplicó á un imperceptible agujero, practicado en la pared medianera al cuarto de su mujer; precisamente en el ángulo donde estaba colocada la estatua desconocida.

El tubo tenia, casi en su remate, una bombita de cristal, hasta donde iba subiendo el líquido del recipiente, que se detenía allí, evaporándose en una especie de *humus* azulado.

Entre tanto D. Juan accechaba por otro pequeño agujero el cuarto contiguo.

Nemesia, que se aburría de todo, se retiró de la ventana y se sentó á leer frente á la misteriosa estatua, á la que de vez en cuando miraba impulsada por una atraccion inexplicable.

Una vez que suspendió su lectura y que fijó sus ojos en la imágen, quedóse inmóvil y como fascinada por una fuerza magnética ó por una pesadilla.

La escultura iba tomando diferentes aspectos por medio de lentas gradaciones.

La escayola de las piernas y luégo la del busto fué cayendo en pedazos, descubriendo jirones de paño á través



EL SILLON DESOCUPADO, cuadro por Percy Macquoid



G. Iglor. Munch 87.

EL CUMPLEAÑOS DEL ABUELO, CUADRO POR GUSTAVO IGLER



LOS NIÑOS DE LA ALDEA

de los cuales se diseñaban las descarnadas formas de un esqueleto.

La desnudez del cuerpo fué más completa, dejando descubierto todo el *torax* y los hombros, de los que, sostenida por un cordón metálico, pendía una plancha de hierro en la que había una inscripción en letras blancas de relieve.

Nemesia, presa de un vértigo y de una inanición que la impedía moverse y gritar, y á la que quizá contribuía el humo vaporoso que se esparcía por la habitación, leyó con espantados ojos aquella inscripción que decía:

Esqueleto de Damian Hurlado, teniente de caballería, que no ha ganado ningún combate, pero sí seducido á algunas mujeres adúlteras.

Y mientras la infeliz leía loca de terror, sin poder apartar la mirada de aquella pavorosa plancha; la escayola de la cabeza de la estatua-esqueleto fué cayendo también, descubriendo las cuencas vacías y la descarnada osamenta de una calavera....

Oyóse un ruido como el que produce un cuerpo que cae á tierra desplomado.

Don Juan entró en el cuarto de su mujer, levantóla del suelo, y la tendió en la cama, vestida y privada de sentido.

Luégo se llevó la estatua-esqueleto, cuyos fragmentos recogió cuidadosamente; y trayendo con su pedestal la de Zurbano volvió á colocarla en su primitivo sitio.

Mientras se entregaba á estos quehaceres, sus labios se contraían como en una sonrisa, y salía de ellos un ruido que parecía un silbido.

XVI

Contra lo que era de esperar como consecuencia de la terrible impresión que recibiera, Nemesia sólo sufrió un nuevo y leve ataque cerebral, y á los diez días pudo dejar la cama. En su cuerpo debilitado por los padecimientos, más bien morales que físicos, no había fibras bastante fuertes ni aun para producirse una enfermedad.

La primera vez que se halló á solas con su marido, le dijo:

—Tú has asesinado á un hombre.

Don Juan se encogió de hombros.

—Tú has cometido un delito—prosiguió Nemesia—del que daré parte á la justicia.

—Mira, querida—replicó D. Juan con reposado acento—tú no puedes comunicarte con nadie, porque desde ahora no saldrás de aquí. Además, fíjate bien en mis palabras; prescindiendo de que te creen loca y nadie haría caso de tí, á la menor tentativa de evasión, yo emplearía en tí los infalibles medios que poseo para hacerte callar.

—¿Me asesinarías también?

—¿Quién sabe?

—No te atreverás; este segundo crimen dejaría rastro.

—Ninguno, querida. Conoces por experiencia mis inagotables recursos; tu *defunción* será la cosa más natural del mundo.

—Todo está previsto—prosiguió el implacable viejecillo.—Todo, hasta ese caso en que la justicia pudiera intervenir en mis asuntos domésticos; yo soy tan precavido como Galba. Si tú supieras tanto de historia romana como de milicia española, sabrías que el susodicho Galba, temeroso de Neron, á quien despues birló el imperio, dormía siempre con una espada desnuda al alcance de su mano y con un millon de sestercios en la cabecera de su cama. Yo no soy tan rico, pero estoy en una frontera y tengo también preparados algunos cuartejos, en caso de necesidad; pero la síntesis de todo esto, créeme, es que no podrías salir viva de aquí. Así pues, paciencia y barajar, es decir pensar en tu seductor esqueleto, hasta que yo tenga á bien perdonarte ó disponer de tí.

Dichas estas palabras, D. Juan volvió la espalda á su mujer, y se marchó frotándose las manos, como de costumbre, cuando estaba satisfecho.

Nemesia era también un carácter en pequeño. Aunque avalorando las dificultades, estaba resuelta á salir de aquella odiosa casa y vengarse, si podía, de su marido.

Decidida como estaba á morir, pensó en asesinarle; pero el astuto viejo parece como que leía en su pensamiento, guardando toda clase de precauciones.

Aquella lucha le entretenía.

El cuarto de Nemesia fué constituido en prisión, en donde sólo entraba la criada para llevarla dos comidas cada veinticuatro horas, quedándose su amo en el umbral de la puerta.

Nemesia parecía resignarse: tenía un plan.

Como todos los presos, había registrado minuciosamente su prisión y notado en ella un detalle de falta de prevision.

Don Juan era un hombre extraordinario, pero al fin era hombre y falible como tal.

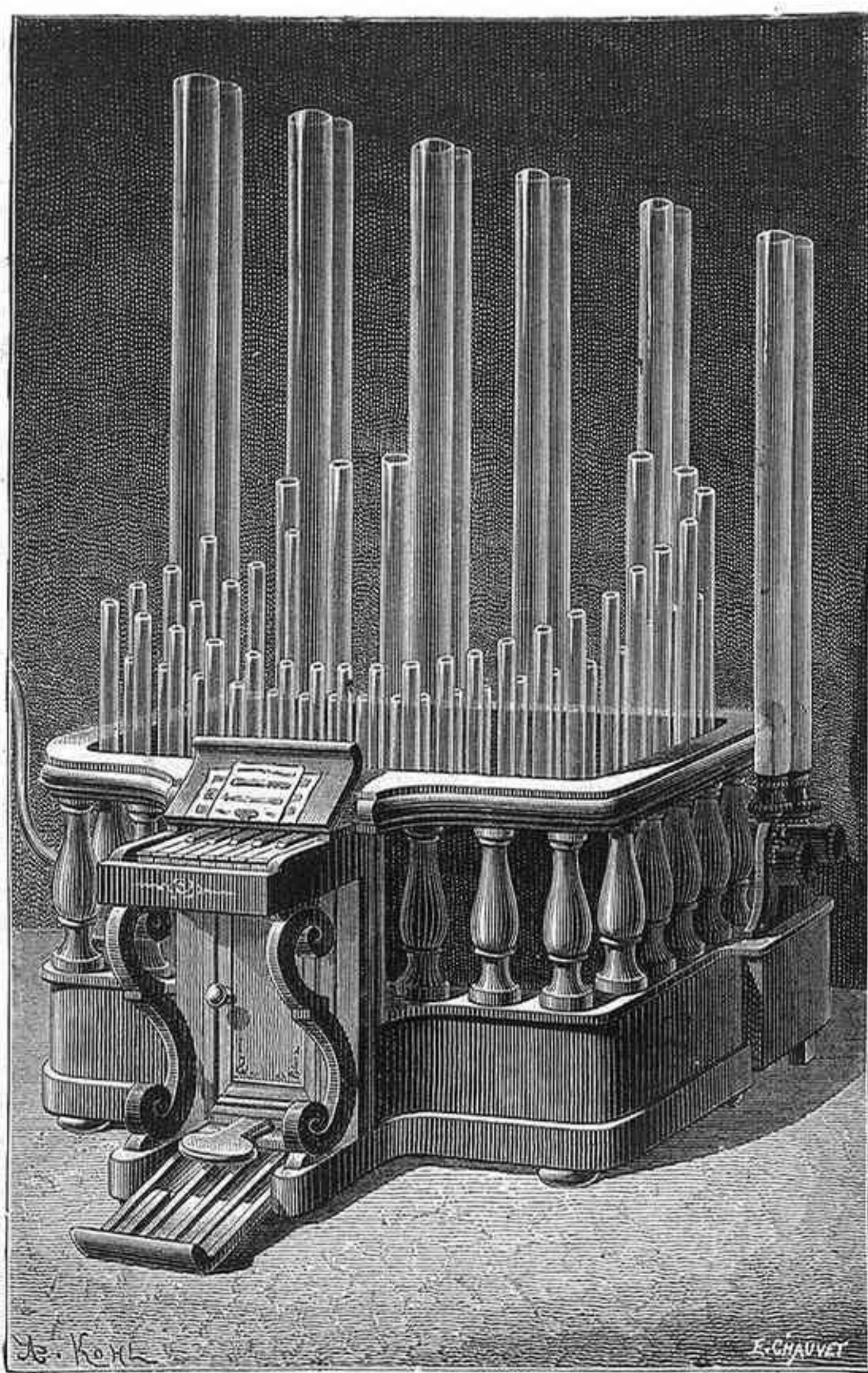
Aun en las cárceles y presidios mejor montados, hay siempre un agujero.

XVII

Nemesia concibió un proyecto de fuga. Su ventana daba sobre un barranco, pero entre éste y la pared de la casa mediaba un espacio de tierra como de media vara. Una tarde, ella había visto pasar por allí unas cabras descarriadas, y lo que hace un animal bien puede hacerlo otro animal, racional por añadidura.

Esta estrecha senda fué la base de sus operaciones.

Maduró su plan, ató todos los cabos, hizo los prepara-



Pirófono de M. Kastner

tivos impunemente, porque ni su marido ni la criada nunca entraban en su dormitorio.

Don Juan estaba perfectamente tranquilo; las puertas todas de la casa eran sólidas y los barrotes de la ventana de su mujer tan gruesos, que aun con una buena lima hubiera sido imposible destruirlos, sino despues de mucho tiempo.

Nemesia, que se había hecho tan previsora como su marido, acechaba una ocasion; no quería aventurar el éxito de su fuga.

Una tarde de fines de marzo, no obstante ser primavera, hacia un frío pirenaico.

El cielo estaba entoldado de pardo, como para nevar. A las seis, próximamente, entró la criada en el cuarto de Nemesia para traerla la comida. D. Juan se quedó á la puerta como de costumbre.

El viejo estaba muy constipado y tosía desafortadamente.

Ambos carceleros se retiraron, cerróse la puerta y se oyó el ruido de la llave y del cerrojo que la aseguraban por la parte exterior.

Nemesia, que siempre escuchaba con atención lo que hablaban al marcharse (si hablaban algo), aquella tarde oyó decir á su marido:

—Voy á acostarme pronto, no te olvides de entrarme el sudorífico.

—Está resfriado, va á acostarse, esta noche descuidará la vigilancia,—pensó la Nemesia;—pues esta noche es la ocasion.

A las nueve y minutos de la noche oyó resonar en el pasillo los zuecos de la criada y supuso que llevaba el cordial encargado por D. Juan.

Poco despues volvieron á oírse las pisadas, y luégo todo quedó en silencio.

Nemesia dejó pasar una hora más para dar tiempo á que se acostase la criada.

Luégo empezó sus preparativos de fuga.

Bajó la pantalla de su quinqué para que diese la ménos luz posible, trasladó con infinitas precauciones para no hacer ruido una mesa que había en la sala á la alcoba, colocándola debajo de una ventana de que ya se ha hecho mención; esta ventana constituía el único *descuido* de D. Juan; pues aunque era pequeña y estaba muy alta, no tenía reja y sí sólo cristal y madera que se abrían ó cerraban desde abajo por medio de una cuerda.

Nemesia que lo había calculado todo de antemano, colocó una silla sobre la mesa, sujetándola con una cuerda; y con grandes precauciones se subió á ella.

En aquella altura alcanzaba de sobra á la ventana. Abrió el cristal y la madera, y se cercioró de que la falleba era resistente y volvió á bajar.

Sacó de su baúl dos sábanas y las cortó á lo largo, así como también las dos que había en su cama, procurando no rasgar para no hacer ruido; anudó fuertemente los pedazos, formando dos largas tiras de lienzo, y liándoselas al cuerpo, volvió á subir á la ventana.

Atólas á la falleba, que era larga, asegurándola con muchos nudos; dejó caer una hacia la parte exterior de la casa, y la otra, pendiente por dentro.

Hecho esto abrió la ventana de la sala, que como ya sabemos tenía una reja saliente y merced á esta circuns-

tancia y á la penumbra de la atmósfera ántes de una nevada, pudo ver Nemesia que la *cuerda* de lienzo llegaba á una vara del suelo.

Satisfecha de su inspeccion, volvió á cerrar la ventana y se ocupó de los últimos preparativos de evasión.

XVIII

Se vistió y calzó como para salir.

Se puso en el cuerpo un pañuelo de muleton atándosele á la cintura para que no la estorbara los movimientos; y otro en la cabeza á la usanza vizcaína.

Se guardó en el pecho un reloj de oro, y en el bolsillo del vestido un estuche que contenía una pulsera de algun valor; y despues de otros pequeños detalles que omito, se subió á la ventana.

Había calculado que podía pasar por ella, y así era, en efecto, gracias á su extremada delgadez; lo difícil era llegar al marco.

La pobre tuvo que vencer grandes inconvenientes, pero lo consiguió protegida por el *genio de las evasiones*.

Se subió al extremo de la silla, y apoyándose en la tira de lienzo, pudo meter las dos piernas por la ventana.

Esto era lo más expuesto.

El resto fué relativamente fácil; agarrada fuertemente á la tira exterior, se dejó deslizar á tierra, á donde llegó felizmente.

No obstante el intenso frío que hacia, la desgraciada jóven sudaba copiosamente.

Al verse fuera de aquella odiosa morada, sintió un gran movimiento de alegría y respiró á amplio pulmon el helado aire de la noche.

Afortunadamente había salido la luna, aunque velada en parte por los nublados; pero esta circunstancia favorable, aumentó el terror de Nemesia, que pudo examinar el sitio donde se hallaba.

La estrecha senda que corría al borde del barranco, era buena para cabras; pero casi imposible para personas.

Otra idea la preocupaba, además de los inconvenientes de aquel peligroso camino: ¿qué dirección tomaría?

! No conocía la situación del pueblo, ni lo que distaba de otras poblaciones.

Miró á izquierda y derecha, y se decidió por la primera, porque creyó ver dos ó tres lucecillas que quizá procedían de algunos caseríos.

Comenzó á andar casi incrustada á la pared, procurando separar sus miradas del barranco que la producía vértigos.

Despues de la casa de D. Juan, había una larga tapia, y luégo un vallado de cambrones, que fué el verdaderamente paso peligroso, porque las zarzas salientes, que no podía evitar sin caer al precipicio, la herían las manos.

Al fin del vallado volvió á encontrar una tapia, y vió con satisfacción que conforme la seguía, la senda iba ensanchando y separándose del barranco.

Llegó á un ángulo que formaba la pared, y se halló en un campo relativamente llano.

Anduvo como una media hora, y viendo un álamo solitario á cuyo pié había dos ó tres grandes pedruscos, se sentó en uno de ellos.

Estaba rendida de cansancio, y tenía los piés hinchados como todo aquel que hace ejercicio despues de una vida sedentaria.

Tan luégo como el reposo del cuerpo se lo permitió, comenzó á pensar en su situación.

Se había trazado un plan de antemano.

Una vez libre, forzosamente había de encontrar á alguien que la indicaría la población cercana más importante, en donde se pondría bajo el amparo de la autoridad, denunciando el crimen de su marido.

No había querido presentarse al Alcalde de La Porra, porque era de suponer que no la protegiera contra aquel.

Lo urgente era alejarse del pueblo, ántes que fuese de día, y no tardaría en serlo, pues en marzo las noches ya son cortas, y era indudable que, no bien se descubriera su evasión, sería buscada.

Este temor la espoleaba. Intentó ponerse en pié y proseguir andando; pero su cansancio era más fuerte que su voluntad.

Parecía que estaba incrustada al peñasco que la servía de asiento.

Invadía un invencible sopor; el sopor que producen el insomnio y el frío combinados.

Tenía las manos heladas, y empezó á *no sentir los piés*, como se dice vulgarmente.

Involuntariamente se la cerraban los ojos; al querer abrirlos la estremeció el contacto de una cosa fría que la golpeaba con suavidad.

Eran los primeros copos de nieve....

XIX

No mucho despues de amanecer cundió por La Porra la voz de que la loca de la casa de D. Juan Castro se había escapado y que se la buscaba por todas partes.

Una hora más tarde se dijo que unos pastores la habían encontrado en las cercanías del pueblo, helada y medio comida de lobos; y en efecto, así la encontraron, tendida en el suelo y despedazadas la cara y manos.

Los voraces animales no habían tenido tiempo de consumir su desayuno, ahuyentados por los perros del ganado.

Don Juan Castro representó admirablemente su papel de viudo sensible, se vistió de luto, costeó un funeral á su mujer en la iglesia del pueblo, y á los dos meses se ausentó

de este, bajo el pretexto de huir de aquellos sitios que le recordaban tan dolorosa catástrofe...

Tres años después se hallaba en Madrid y en su casa de la plaza de las Salesas. Se había hecho devoto y caritativo; todas las mañanas oía dos misas en la iglesia del convento próximo a su casa.

Al ir y venir del templo daba una pieza de dos cuartos a todos los pobres que encontraba, que eran muchos; para lo cual llevaba una gran bolsa de badana llena de calderilla.

Entre sus socorridos, era designado con el nombre de *el señor de los dos cuartos*.

Una mañana, que como de costumbre le esperaban sus *parroquianos* a la puerta de su casa, se presentó en el umbral la criada de D. Juan, que era la misma que le servía en La Porra y que ya había aprendido a chapurrar el español, y les dijo:

—El amo está muy malo, no sale; con que, largo de aquí.

Sin embargo, los pobres acudían todas las mañanas, por interés hacia... los dos cuartos.

Quince días después D. Juan Castro estaba enterrado.

En el barrio de las Salesas, y particularmente en el patio y corredores de la célebre casa de Tócame-Roque, recientemente demolida por la piqueta de la civilización, se dijo que el señor de los dos cuartos había muerto en olor de santidad.

RAMON F. DE MERA

EL RAYO DE LUZ MÚSICO Y PINTOR

Que los rayos luminosos que del Sol provienen, al llegar a la superficie de la tierra y tocar y atravesar los diferentes cuerpos, se descomponen en haces parciales de variadísimos matices; que pintan con brillantes colores el espléndido plumaje de las aves y las corolas de las flores; que producen los mágicos tornasolados de las nubes en los ortos y ocasos del Sol y los efectos del iris en las gotitas de agua; que dan sus vivos destellos a las superficies metálicas y a las piedras preciosas que el lapidario talla; que comunican, en fin, sus armonías cromáticas a mil sustancias producto de la industria con las que el hombre imita y a veces supera las espontáneas orgías de colores de la naturaleza; cosa es bien manifiesta y aprendida desde remotos tiempos y que, con ser magnífica y hermosa en sus efectos, no sorprende ni maravilla ya al observarla.

Pero el rayo de luz no es tan sólo espléndido colorista, no es únicamente rica paleta que presta sus matices a cuantos objetos en el orbe existen, sino que es también perfecto dibujante y fidelísimo copista, y estas cualidades ya han tardado en reconocerse mucho más que la anterior. Los efectos obtenidos en la cámara oscura, y más especialmente los resultados que dan vida al arte fotográfico, son hechos de estos tiempos modernos, en los que se ha visto cómo el rayo luminoso reproduce con tan prodigiosa celeridad como escrupulosa exactitud, sobre las superficies sensibles preparadas al efecto, todos los detalles exteriores de los cuerpos de donde directamente ó por reflexión provienen. Y de ahora son las máquinas fotográficas que estereotipan la fugitiva expresión de un sentimiento en la fisonomía humana y las rápidas fases de un fenómeno astronómico; de ahora son los revolvers fotográficos, donde en placas de glicerina preparada con sales de plata de modo que sea sensible a la luz, esta deja instantánea copia de los diversos movimientos de la más rápida acción, como es el vuelo de un pájaro, el salto de un caballo, el voltear de un gimnasta en el trapecio.

Si, pues, los rayos de luz copian y dibujan con tan

prodigiosa exactitud cuantos objetos alcancen a tocar antes de entrar en la cámara oscura, y dan preciosos croquis de los más fugitivos fenómenos que en la naturaleza se observan, y por otra parte, son los que suministran los colores que alegran y hermean la naturaleza toda, dígame si no hay razón para no considerar a esos rayos luminosos como perfectos pintores de la escuela que más realismo separa a sus creaciones y que mejor domina y avasalla los primores del colorido.

No ha sido tan fácil encontrar la acción de los rayos luminosos como productores de armonías, es decir que ha sido más difícil conocer que son músicos además de pintores. Pero el que haya costado al hombre más trabajo averiguar tal maravilla no supone que esta sea menos cierta, pudiéndose presentar ejemplos muy curiosos y de órdenes muy diversos en que se obtienen sonidos producidos por la luz.

Ya de antiguo se conoce el fenómeno llamado la armónica química ó de las *llamas cantantes*. Si se coloca un mechero de gas, que dé poca luz y no en forma de abanico, dentro de un tubo largo de vidrio, de manera que la llama venga a estar en la tercera parte de la longitud del tubo, la dicha llama se alarga, vibra y produce un sonido armonioso en extremo y cuyo tono depende, lo mismo que el timbre, de las dimensiones del tubo y de la llama.

Pero este fenómeno, ya casi vulgar y que ahora se repite con frecuencia en las cátedras de física y de química, ha dado origen hace poco tiempo a una idea verdaderamente luminosa de Mr. Kastner, y que consiste en introducir dentro del mismo tubo dos, tres ó más llamas, las cuales, cuando están a la misma altura, y separadas unas de otras, vibran al unísono; si se unen dejan de sonar, y si se colocan a diferentes alturas forman acordes muy agradables. Esto ha sido el fundamento de un aparato construido por el mismo Kastner, y al que ha dado el nombre de *pirófono*, porque, en efecto, las llamas son las que al vibrar producen los sonidos.



EL APRENDIZ DE ZAPATERO, cuadro por A. Rotta

Poseen estos un timbre muy agradable, semejante a la voz humana y de una extensión cromática que puede pasar de tres octavas. Por medio de un teclado análogo al de un piano y de un mecanismo tan ingenioso como sencillo, se obtienen todas las combinaciones de sonidos que con las tres octavas se pueden formar. Al tocar las teclas, las llamas suben, bajan, serpentean, se aproximan unas veces, se separan otras, y en todos estos movimientos extremadamente rápidos, ora silban, ora enmudecen, ya imitan los más dulces acordes de la flauta, ya semejan los sonidos articulados de la voz humana.

Este curioso instrumento ha tenido un éxito brillante en los conciertos en que ha sonado, ya sólo, ya acompañando coros ó unido a una orquesta.

Pero una modificación reciente que este aparato ha recibido lo ha hecho aún más extraordinario. Los movimientos que por medio del teclado se comunican a las llamas pueden transmitirse por medio de la electricidad, y como en este caso no importa la distancia a que puedan encontrarse los mecheros de las teclas, resulta que aquellos pueden instalarse en sitios diferentes, lejanos de donde esté el teclado. En éste, un músico puede llevar las manos sobre las teclas como en un piano mudo y las llamas producirán allá, donde se encuentren, y al parecer por arte mágica, los sonidos correspondientes.

La canalización de la electricidad aún puede hacer más maravilloso el instrumento, pues comunicándose un mismo teclado con varios pirófonos ó sistemas de mecheros, sonarán todos a un tiempo en los diferentes sitios en que estuviesen colocados.

Y hé aquí que científicamente pueden realizarse cuentos y fantasías de *Las mil y una noches*. Un palacio en el que los grandes mecheros de las escalinatas, los juegos de las lámparas de los salones y hasta las luces de los apartados camarines tengan un mecanismo pirofónico especial y se comuniquen por hilos eléctricos con un teclado, podrá en momentos dados resonar por todas partes en acordes majestuosos ó en delicadas melodías, según las dimensiones de las luces y de los tubos y las piezas musicales que se ejecuten. Verdadero palacio encantado, donde la luz será armoniosa.

Algo de esto ha hecho ya el mismo inventor, presentando sistemas de mecheros en los que cubiertas las luces con pantallas semejan flores y frutas transparentes y diversamente coloreadas, aún se hace más extraño y vistoso el instrumento por la manera misteriosa de producirse los sonidos.

Pero aún pueden citarse hechos en los que la luz influye más directamente en la producción de sonidos. Se puede, en efecto, tener series de globitos de cristal, de un modo especial contruidos y formando caprichosos dibujos y que sumidos en la oscuridad ó en la luz difusa, rompan a sonar con prodigiosas y no esperadas armonías cuando a ellos lleguen rayos luminosos con estudiada intermitencia. Arpas mágicas se pueden construir que, a semejanza de las cólicas famosas, no necesitan de nadie que las toque, que ellas sonarán cuando un rayo de luz llegué a jugar entre sus cuerdas.

La luz entonces puede arrancar tan tiernas melodías y producir efectos tan armónicos, que no parece sino que el mismo genio de la música con cuerpo invisible, pero con

sutiles y luminosos dedos es quien descende á manejar los misteriosos instrumentos.

Resultado tan maravilloso tiene sin embargo explicacion sencilla. Es el caso que no hace mucho tiempo tuvo el fisico Tyndall, la idea de hacer llegar un rayo de luz intermitente á pequeños matracas, ó sean globitos de cristal, llenos, ya de gases, ya de vapores diferentes. El rayo de luz de que se sirvió Tyndall era eléctrico y la intermitencia de su llegada á los matracas la obtuvo haciendo girar delante de estos un disco opaco, dentado en sus bordes, de modo que al dar vueltas, cuando uno de los dientes del disco interceptaba el rayo, quedaban privados de luz los matracas y cuando pasaba el diente y llegaba el hueco, el rayo atravesaba sin obstáculo alcanzando á los globitos de cristal.

En estas condiciones Tyndall observó un fenómeno curiosísimo. El rayo de luz, al llegar intermitente á los matracas que contenian vapores de eter sulfúrico, fórmico, acético, así como á los que tenian solamente aire cargado de vapor de agua, provocaba en ellos un sonido intenso, armonioso, cuyo tono y timbre variaban con la intermitencia é intensidad del rayo, con la magnitud de los globitos de cristal y con la naturaleza del vapor contenido en estos.

Repitiendo esta misma experiencia en matracas que contenian aire seco, el sonido no se produce, y al contrario el sonar del globo de vidrio, al recibir el beso del rayo

luminoso, es tanto más intenso cuanto mayor sea la proporcion de vapor acuoso que el aire del interior del matraz contuviera.

En estos curiosísimos experimentos de Tyndall se comprende fácilmente que las radiaciones luminosas, y las caloríficas que las acompañan, al llegar intermitentes á los matracas donde los vapores están contenidos, provocan rapidísimos cambios de tension en estos vapores; cambios de tension que se traducen por vibraciones cuya rapidez y amplitud dependerán de todos los elementos que en el pro-

además cajas sonoras cuyas paredes vibren al par que las atmósferas en ellas contenidas, reforzando así los sonidos originados y aún dándoles timbres especiales, segun el número y naturaleza de las armónicas que al mismo tiempo resulten.

Y hé aquí cómo pueden construirse los mágicos instrumentos aptos para ser manejados por el músico más extraño que imaginarse puede, por un *rayo de luz*.

DOCTOR HISPANUS



Preparativos para formar en la parada, cuadro por G. Green

blema entran, á saber: intensidad de las radiaciones caloríficas y luminosas; rapidez en su intermitencia; tension, temperatura y naturaleza del vapor vibrante; y tamaño del matraz de vidrio cuyas delgadas paredes vibran. Y es claro que por lo mismo que son tantas las circunstancias que en las variaciones del sonido pueden influir, es fácil obtener una riqueza inmensa de combinaciones y los cambios de sonidos consiguientes.

Conocido el hecho fundamental, sin esfuerzo se comprende que pueden construirse y agruparse de mil diversos modos toda suerte de globitos de cristal ó cualquiera otra clase de capacidades de condiciones semejantes en donde se tengan confinadas atmósferas cargadas de vapores susceptibles de experimentar rápidas variaciones de tension por la accion de los rayos luminosos intermitentes, capacidades en fin que sean



LA COLECTA, cuadro por G. Knorr

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON